

«Barroco»

Pandur, el baile de los vampiros

Autores: Darko Lukic y Tomaz Pandur. A partir de «Las relaciones peligrosas», de Pierre Choderlos de Laclos, y «Cuarteto», de Heiner Müller. **Dirección:** Tomaz Pandur. **Reparto:** Blanca Portillo, Asier Etxeandia y Chema León. Centro Cultural de la Villa. Madrid, 12-IX-2007.

Poca sorpresa en la elección: Tomaz Pandur, experto en seres andróginos y ambiguos, en universos poblados de metal y espejos, y en coreografías actorales con mucha física pero poca química, parecía predestinado a explorar el tortuoso camino de crueldad y deseo de «Cuarteto», de Heiner Müller. Un texto que no es sino otra vuelta de tuerca, dos siglos después, a la célebre novela epistolar de Pierre-Ambrose François Choderlos de Laclos «Las relaciones peligrosas» («Les liaisons dangereuses»).

INMENSA PORTILLO

Es inevitable citar la versión cinematográfica de Stephen Frears (1988) que puso voz y rostro a la Marquesa de Merteuil y al Vizconde de Valmont, y a su cruel juego de destrucción de la cándida Madame de Torveil. Empezaré, es justicia, por la comparación más obvia: cada uno en su estilo, nada tienen que envidiar nuestras dos fieras escénicas a los Close y Malkovich: Asier Etxeandia devora el escenario con poderío físico y derroche actoral. Otro gran papel para el MC de «Cabaret». Y de Blanca Portillo, cabe decir poco: a estas alturas, la escena española



Blanca Portillo y Asier Etxeandia son Merteuil y Valmont, seres atrapados en una espiral de pasión y lucha

debería reconocerla como la gran actriz de su generación. Lo demuestra de nuevo con un papelón tan sensual —y esto es raro en ella— como inteligente y extremo. Chema León los acompaña muy dignamente como narrador. El trío brilla por encima del montaje.

Tomaz Pandur, esloveno adherido a la etiqueta de «enfant terrible», se ha instalado en los últimos años en nuestros escenarios. Unas veces con acierto —su colaboración con Nacho Duato en «Alas»—, algunas con altibajos —su hermoso aunque manierista «Infierno»—,

otras incluso convertido en gran fagocitador de clásicos, como en sus «Cien minutos», que dejaba poco en pie de «Los hermanos Karamazov» para lucimiento de sus obsesiones escénicas. Y algo parecido le ocurre en esta ocasión. Estamos ante un gran restaurador

de la nueva cocina: sus platos, a veces irreconocibles, son como esas espumas de los Adrià y compañía que recuerdan la esencia de la que parten aunque a veces sea difícil encontrarla. Originales, eso sí, y cuando menos arriesgados. Si el «Cuarteto» de Müller ya derriúa a Laclos, convirtiendo a Valmont y Merteuil en seres enfrentados más allá de su siglo, criaturas debatiéndose en sus deseos y su condición humana, más política que fisiológica, en este «Barroco», firmado por Pandur y Darko Lukic, que bebe de ambos textos, poco queda ya reconocible.

EXPLOSIÓN FRUTAL

Tres personajes tan sólo. Mucho arrebató carnal, un escenario vacío y un éxtasis final entre jugos y explosiones frutales. Antes, polvos de talco al aire. ¿Rape, cocafina... acaso? Bien pudiera ser en esta exaltación del juego, el hedonismo y la adaptación. Pero tanto superviviente nato, tanto cadáver viviente exquisito, tanto «tour de force» en la imaginaria de Pandur —vestuario entre el rococó y el sadomaso, exaltación de lo corporal— acaba pidiendo a gritos algo más de humanidad, algo menos de frialdad. El baile vampírico entre el vizconde y la marquesa, dos seres que se chupan la vida mutuamente, acaba por dejar al espectador reseco en su butaca.

Miguel AYANZ